

## LA PERMANENCIA DE *ECONOMICS*, DE SAMUELSON\*

Mark Skousen

*Economics*, de Paul Samuelson, se encuentra entre los textos más exitosos que se han publicado sobre el tema, incluyendo las obras de Adam Smith, David Ricardo, John Stuart Mill y Alfred Marshall. Se han hecho 15 ediciones y ha sido traducida a 41 idiomas (véase cuadro 1). En mis propias clases de Econ 101, en la Brigham Young University, utilicé la edición de 1967 (la 7ª), que estuvo a punto de alcanzar el récord de ventas anuales (Elzinga, 1992, p. 874). Desde su primera edición en 1948 la obra de Samuelson ha resistido la prueba del tiempo. Ha sobrevivido a casi medio siglo de cambios profundos en la economía mundial y en la profesión económica: guerra y paz, auges y bancarrotas, inflación y deflación, republicanos y demócratas, y toda una serie de nuevas teorías económicas. Se espera que la edición de su 50º aniversario sea publicada en 1998.

Este texto ha dominado de tal modo las aulas universitarias durante dos generaciones que cuando los editores buscaban nuevos autores para un texto sobre principios de economía, solían decir que buscaban "el nuevo Samuelson" (Nasar, 1995). Su legado va más allá de las cifras de ventas; en realidad, puede ser que ya no esté entre los diez primeros títulos vendidos en los Estados Unidos, pero la mayoría de

\* Permiso otorgado para traducir y publicar en *Libertas*, por el autor y por el *Journal of Economic Perspectives*, vol. II, Nº 2, donde fue publicado originalmente en septiembre de 1997.

los textos populares existentes han incorporado gran parte de la pedagogía de Samuelson, en el tono general y en el uso y exposición de diagramas, como la oferta y la demanda, las curvas de costos, el multiplicador y el entrecruzamiento keynesiano.

**Cuadro 1**  
**La historia de las ediciones de *Economics*,**  
**de Paul A. Samuelson**

<i>Edición</i>	<i>Año</i>	<i>Autor(es)</i>	<i>Ventas</i>
1	1948	Samuelson	121.453
2	1951	Samuelson	137.236
3	1955	Samuelson	191.706
4	1958	Samuelson	273.036
5	1961	Samuelson	331.163
6	1964	Samuelson	441.941
7	1967	Samuelson	389.673
8	1970	Samuelson	328.123
9	1973	Samuelson	303.795
10	1976	Samuelson	317.188
11	1980	Samuelson	196.185
12	1985	Samuelson y Nordhaus	N/D
13	1989	Samuelson y Nordhaus	N/D
14	1992	Samuelson y Nordhaus	N/D
15	1995	Samuelson y Nordhaus	N/D

Fuente: Elzinga, 1992, p. 874.

N/D: No disponibles.

No intentaremos hacer aquí una revisión enciclopédica de las quince ediciones del texto de Samuelson, sino que usaremos sus sucesivas apariciones como una base para demostrar cuáles son las

lecciones sobre las que ha hecho hincapié en los cursos introductorios de economía durante los últimos cincuenta años. Al hacerlo, nos valdremos de una idea que el propio Samuelson sugirió en su introducción a la 14ª edición (p. XI): "El historiador de las principales doctrinas económicas, como un paleontólogo que estudia los huesos y los fósiles en diferentes estratos de la superficie terrestre, puede datar el flujo y reflujo de las ideas analizando cómo la primera edición ha sido revisada por la segunda y, con el tiempo, por la 14ª". En nuestro análisis no nos dedicaremos mucho a la microeconomía pura, y en cambio nos centraremos en la macroeconomía y en los puntos de vista políticos. La razón por la cual hemos relegado la microeconomía básica es que en esta área el triunfo de la pedagogía de Samuelson ha sido más completo y las creencias de los economistas han cambiado menos. Todas las referencias a las quince ediciones de *Economics*, incluyendo la 12ª y las siguientes, en coautoría con William D. Nordhaus, se hacen citando la edición seguida por el número de página.

Cuando los miembros de la profesión económica reflexionamos sobre el texto de Samuelson, es como si nos miráramos en un espejo que refleja muchas de nuestras creencias pasadas. Si algo de lo que vemos no nos satisface, entonces tampoco debe satisfacernos la versión de la ciencia económica que nos han enseñado y el impacto que su enseñanza puede haber causado sobre la economía.

### La motivación keynesiana

En la introducción a una de las primeras ediciones, Samuelson negó que su propósito principal al escribir *Economics* hubiera sido transmitir un único "Gran Mensaje" (3:V). Pero no obstante, resulta obvio que intentó iniciar a los estudiantes en la "Nueva Economía" de Keynes. El multiplicador, la propensión a consumir, la paradoja del ahorro, la política fiscal contracíclica y el  $C + I + G$  se incorporaron a la terminología de Econ 101. En la tapa de las tres primeras ediciones se reprodujo el diagrama keynesiano, ahora familiar, del entrecruzamiento ingresos-gastos. En el libro, la sección dedicada a la macroeconomía precedió a las consagradas a la microeconomía, lo cual era un enfoque novedoso para la época. Además, John Maynard Keynes fue el único economista cuya síntesis biográfica se publicó

en las primeras ediciones, y sólo él, ni Adam Smith ni Karl Marx, fue definido como “un genio polifacético” (1:253n).

En la primera edición de su obra, Samuelson afirmó que la “teoría de la determinación del ingreso” keynesiana “había merecido una aceptación cada vez mayor por parte de economistas pertenecientes a todas las escuelas de pensamiento” y que sus implicancias políticas eran “neutrales” (1:253). Por ejemplo, “puede utilizársela para defender a la empresa privada y para ponerle límites, para atacar las intervenciones del fisco y para justificarlas”. Sin embargo, su explicación del modelo hace hincapié en que “la empresa privada” es afectada por ciclos periódicos, “tanto agudos como crónicos”, de desempleo, producción y precios que el gobierno tiene la responsabilidad de “aliviar” (1:41).

“La economía privada no se diferencia de un vehículo que carece de una dirección eficaz”, escribe. “La política fiscal compensatoria trata de introducir esa dirección, ese dispositivo termostático de control” (1:412).

En las ediciones siguientes, la estrategia retórica de Samuelson parece pensada para dar a los alumnos la impresión de que la profesión económica ha logrado una estructura monolítica en lo que respecta a las ideas. Al publicarse la 4ª edición, en 1958, declaró que “el 90% de los economistas norteamericanos han dejado de ser ‘keynesianos’ o ‘anti-keynesianos’, para tratar en cambio de llegar a una síntesis de lo que es valioso en la antigua economía y en las modernas teorías sobre determinación de ingresos”. Dio a esta nueva economía el nombre de “síntesis neoclásica” (4:209-10), aunque el modelo del “manejo de la demanda” debería ser más preciso.

Hacia la 7ª edición, si bien el autor ya no usaba la metáfora del “vehículo carente de dirección”, siguió haciendo hincapié en que “una economía de *laissez-faire* no puede garantizar la existencia de la cantidad de inversión necesaria para asegurar el pleno empleo”. Si éste se logra, será por pura “casualidad” (7:197-8). Decía que la “síntesis neoclásica” era “aceptada en sus rasgos generales por todos los autores, salvo por unos pocos de extrema izquierda y de extrema derecha” (7:196), y sigue sosteniendo esto en términos similares en todas las ediciones posteriores, hasta la 12ª (1985), que es la primera que publica en coautoría con Nordhaus. Cuando en esta edición y en las siguientes se introduce la estructura de la oferta agregada y la demanda agregada, también se las presenta intersectando un equilibrio

de empleo que no llega a ser pleno (12:91-186). A la pregunta: “¿Hay algún mecanismo automático que garantice que el ahorro y la inversión se equilibrarán con el pleno empleo?”, Samuelson y Nordhaus responden: “No” (12:139).

Al leer las primeras ediciones de Samuelson, un alumno podía llegar a la razonable conclusión de que no había otras escuelas de pensamiento, por lo menos, importantes. Por supuesto, lo cierto era que el pensamiento keynesiano había generado un encarnizado debate en los departamentos de economía de todo el país a lo largo de la década de 1940 y en la de 1950, a medida que los jóvenes economistas imbuidos de las ideas keynesianas empezaban a trabajar como profesionales y chocaban con la “vieja guardia”. A fines de 1950 y de 1960, cuando los economistas investigaban cómo ciertos modelos de estructuras podían expresar los puntos de vista keynesiano o monetarista, era razonable manifestar una amplia aceptación de la “síntesis neoclásica” como estrategia modeladora. Pero Samuelson a menudo parecía querer decir que la conformidad generalizada con los modelos formales también implicaba una creencia igualmente generalizada de que no había un mecanismo capaz de conducir la macroeconomía al pleno empleo, de que el consumo era demasiado bajo y el ahorro demasiado elevado, de que había que poner el énfasis en la estabilidad macroeconómica y no en el crecimiento económico, y de que la intervención del gobierno era la única esperanza, y sobre estas cuestiones el consenso era notablemente menor.

Este deslizamiento de la teoría keynesiana hacia políticas particulares se pone de manifiesto en la 7ª edición (1967), en la que Samuelson cita una afirmación de Milton Friedman: “Ahora todos somos keynesianos”. Sin embargo, al final del capítulo 11 (7:210) se había referido a la cita completa, tomada de una entrevista realizada a Friedman por la revista *Time* en 1966: “En la medida en que lo recuerdo, el contexto era éste: ‘En un sentido, ahora todos somos keynesianos; en otro, nadie es ya keynesiano’”. Más adelante, Friedman (1968, p. 15) lo diría así: “Todos usamos el lenguaje y las herramientas keynesianos; nadie acepta hoy las conclusiones iniciales del keynesianismo”.

## Perspectivas contrarias al ahorro

El prejuicio en contra del ahorro que aparece hasta las ediciones más recientes del texto de Samuelson es uno de los rasgos que permiten observar cómo el modelo keynesiano independiente cambia gradualmente hacia conclusiones políticas explícitas. Cuando no llegaba a haber pleno empleo, existía la “paradoja del ahorro”, en la que “todo se trastrocaba” (1:271). En este caso, el mayor índice de ahorro provoca la contracción de la economía y se produce el paradójico resultado de que el mayor índice de ahorro no puede ni siquiera aumentar la cantidad de reservas. Por eso, Samuelson expresa su temor de que el aumento de la propensión al ahorro pueda provocar el “drenaje” de dinero hacia fuera del sistema y “convertirse en un vicio social” (1:253). Con seguridad, cuando hubiera pleno empleo en la economía Samuelson sería partidario del ahorro. “Pero”, escribió, “la historia reciente muestra que el pleno empleo y las condiciones inflacionarias sólo se han producido en forma ocasional”. “La mayor parte del tiempo hay algún desperdicio de recursos, alguna insuficiencia en la demanda, en la inversión y en el poder adquisitivo” (1:271). Este párrafo permaneció prácticamente inmodificado a lo largo de las primeras once ediciones (por ejemplo, 11:226).<sup>1</sup>

Estas tendencias contrarias al ahorro se extendieron al análisis de Samuelson sobre la tributación progresiva y el “multiplicador del presupuesto equilibrado”. Un efecto “favorable” de la tributación progresiva era: “En la medida en que se recauden dólares de personas adineradas y frugales, y no de aquellas que son pobres y derrochadoras, los impuestos progresivos tenderán a mantener el poder adquisitivo y los empleos en un nivel alto, tal vez en un nivel demasiado alto si existe la amenaza de una inflación” (1:174; 7:162; 11:161). En su análisis del “multiplicador del presupuesto equilibrado”, afirma: “En consecuencia, los dólares provenientes de la reducción impositiva

<sup>1</sup> Ésta es un área en la cual los keynesianos contemporáneos (Heller, Solow, Okun, Ackley y otros) podrían no manifestar tanta oposición al ahorro como Samuelson. El *Economic Report of the President* de 1962, aparecido en el apogeo del keynesianismo ortodoxo, reflejaba una confianza implícita en que la economía siempre intentaría acercarse al pleno empleo. Se había logrado dominar el ciclo económico y cualquier depresión sería rápidamente combatida. Esta creencia significaba que el ahorro podría tener un papel positivo. Samuelson, aparentemente, no era tan optimista con respecto a la capacidad del gobierno de mantener un equilibrio con pleno empleo.

son un arma casi tan poderosa contra el desempleo masivo como los aumentos en los dólares del gasto gubernamental” (7:234; 11:232). ¿Por qué *casi*? Porque sólo una parte del dinero proveniente de la reducción impositiva sería gastado por el público (el resto sería ahorrado), mientras que el destinado al gasto gubernamental sería gastado en su totalidad. Lo que se infiere en ambos casos es que la clave de la prosperidad se encuentra en el mayor consumo, y no en el ahorro.

Las opiniones de Samuelson con respecto al ahorro fueron evolucionando con los años, y los mayores cambios se observan en la 13ª edición (1989), en la cual desaparece el diagrama que muestra cómo se escurren las reservas del sistema económico. La doctrina de la “paradoja del ahorro”, que hasta entonces había sido uno de los rasgos principales en todas las ediciones, se transformó en optativa en la 13ª (13:183-5) y fue eliminada en la 14ª. Sin embargo, vuelve a aparecer en la 15ª, en 1995 (15:455-7). Samuelson escribió lo siguiente: “Después de reconsiderarlo, creo que es exagerado hacerla desaparecer por completo”. Argumenta que un buen ejemplo de la paradoja del ahorro en nuestra época es el de Japón en 1992-94. Nordhaus, por su parte, considera que otros ejemplos potenciales del carácter perverso del ahorro son Europa a principios de la década de 1990 y los Estados Unidos en los primeros años de la década del '80.<sup>2</sup>

En la 13ª edición los autores agregan un extenso párrafo en el cual lamentan la gradual declinación del índice de ahorro en los Estados Unidos (13:142-4). Enumeran varias causas posibles de esa disminución: el déficit del presupuesto federal, la seguridad social, la gran inflación y los elevados impuestos. También sostienen que existe una estrecha correlación entre el índice de ahorro y el crecimiento económico: “Prácticamente todos [los macroeconomistas] creen que el índice de ahorro es demasiado bajo como para garantizar una tasa de inversión vital y sana en la década del '90” (13:144).

La evolución del punto de vista de Samuelson acerca del ahorro se refleja asimismo en su análisis de los déficit presupuestarios gubernamentales. En la primera edición, dice: “De acuerdo con el

<sup>2</sup> La cita de Samuelson está tomada de su correspondencia privada, con fecha 20 de junio de 1995. La idea de Nordhaus también está expresada en una carta personal fechada el 4 de febrero de 1995.

enfoque contracíclico no es necesario que el presupuesto gubernamental esté equilibrado en todos y en cada uno de los meses del año. [...] Sólo es preciso que lo esté en el conjunto del ciclo económico” (1: 410-1). Pero recordemos que en la 12ª edición argumentaba que casi siempre existían recursos ociosos; en consecuencia, este enfoque contracíclico justificaba los muy frecuentes déficit federales (1:271; 7:228; 11:226), sin demasiadas indicaciones acerca de cuándo o cómo podrían producirse los superávit compensatorios.

Aunque Samuelson hizo una serie de advertencias en relación con el crecimiento de la deuda nacional, la idea prevaleciente en las diez primeras ediciones era que el gasto deficitario no constituía un problema importante. En la primera edición se argumentaba que “nos debemos a nosotros mismos”: “El interés de la deuda interna lo pagan los norteamericanos a los norteamericanos; no hay una pérdida directa de bienes y servicios” (1:427). En la 7ª edición (1967), después de prevenir contra la amenaza de que los capitales privados se invirtieran fuera del país, dice: “Por otra parte, incurrir en deudas cuando no hay otra manera posible de hacer avanzar la intersección del equilibrio  $C + I + G$  hacia el pleno empleo, realmente representa una carga negativa sobre el futuro intermedio, ya que induce una formación de capital corriente mayor que la que tendría lugar de otro modo” (7:346). Al final de un apéndice sobre la deuda nacional, Samuelson compara la financiación federal del déficit con la privada, como el crecimiento “interminable” de la deuda de AT&T (7:358; 11:347). De esto se infiere que la deuda gubernamental también podría crecer en forma continua, sin ser necesariamente balanceada en el término del ciclo económico.

Con esta disposición, Samuelson presenta una reacción favorable al crecimiento del déficit a principios de la década del '80: “A medida que el déficit del presupuesto federal crecía abruptamente en el período 1982-1984, el consumo se incrementaba con rapidez, aumentando la demanda agregada, elevando el PBN y provocando una brusca declinación del desempleo. El vertiginoso ritmo de la actividad económica en 1983-1984 fue una expansión, incentivada por el crecimiento de la demanda, en nombre de la economía de la oferta” (12:192). Pero en la misma edición desaparece la comparación con AT&T, los déficit de la administración Reagan se consideran siderales (12:349-50) y la salida de capitales fuera del país se convierte en “la consecuencia más grave de un gran endeu-

damiento público” (12:361). Hacia la 15ª edición, Samuelson y Nordhaus declaran que “una gran deuda pública puede ser claramente perjudicial para el crecimiento económico en el largo plazo. [...] En la actualidad, pocos economistas aprueban la enorme y creciente deuda de los Estados Unidos” (15:638-9).

### **Evolución de las opiniones sobre la política monetaria**

Samuelson solía sostener que la política fiscal, no la monetaria, era un instrumento para lograr la estabilización, pero ahora piensa lo contrario. La transición es evidente. En 1955 escribía: “Hoy en día pocos economistas piensan que la política monetaria de la Reserva Federal es una panacea para controlar el ciclo económico” (3:316). En 1973, después de haber rotulado al monetarismo como un “punto de vista extremo”, declaraba: “Tanto la política fiscal como la monetaria tienen mucha importancia” (9:329). En 1995, Samuelson y Nordhaus cambian de opinión sobre esta concepción tradicional, observando: “La política fiscal ya no es un instrumento importante para la estabilización política en los Estados Unidos. En el futuro previsible, lo que logrará esa estabilización será la política monetaria de la Reserva Federal” (15:645).

Esta evolución en la percepción del papel de la política monetaria se advierte también en el tratamiento del tema del dinero. En las primeras ediciones se dedicaba un espacio considerable (más que en la mayoría de los demás libros de texto) al patrón oro clásico y al origen del dinero y de la banca. Aparentemente, entonces Samuelson era partidario de un sistema monetario manejado por el gobierno, pero no basado en el patrón oro. Aunque reconocía que el oro era un freno que impedía a las autoridades monetarias inflar la oferta de dinero, como patrón monetario le merecía severas críticas. Sostenía que históricamente un patrón oro estricto había sido deflacionario, porque: “Posiblemente, la oferta de oro en el largo plazo no podría mantenerse a la par de las necesidades de liquidez de un comercio internacional cada vez mayor” (8:967). La deflación era peligrosa porque “la caída en el nivel de precios por lo general produce intranquilidad laboral, huelgas, desempleo y movimientos radicales” (8:629). El oro era un “anacronismo” (8:700).

Pero después de que los Estados Unidos abandonaron oficialmente

el patrón oro en agosto de 1971, Samuelson advirtió que el mundo estaba “en un limbo inestable” (9:652). Se fue entusiasmando poco a poco con la idea de tipos de cambio flexibles, en especial a medida que se desarrollaban mercados a futuro (9:724-5). En 1995, a Samuelson y Nordhaus ya no los preocupaba demasiado la posibilidad de una crisis monetaria internacional o de un colapso en el comercio bajo un sistema monetario puramente fiduciario. Declaraban que el manejo del dinero circulante internacional y la coordinación de los bancos centrales en los últimos cincuenta años habían tenido “un éxito sin precedentes” (15:736). El papel del oro había quedado tan relegado que en la 15ª edición sólo se le dedicaron dos páginas.

En la primera edición se analiza la teoría cuantitativa del dinero, pero no se menciona a Irving Fisher, quien es citado a menudo como el moderno fundador de esa teoría (1:290-7). (Fisher fue citado en las primeras ediciones en relación con la teoría del capital, pero no con referencia a su ecuación cuantitativa.) Nadie esperaba que Samuelson citara a Milton Friedman en sus ediciones iniciales—después de todo, los estudios de Friedman sobre teoría e historia monetarias no adquirieron gran crédito antes de los comienzos de la década de 1960—, pero pronto recuperó el tiempo perdido. Comenzó a citar a Friedman en 1961 (5:315) y otorgó cierto crédito a Irving Fisher hacia 1979 (8:264).

### **Defensa de un gobierno activista**

A lo largo de quince ediciones, Samuelson apareció como defensor de un papel sustancial por parte del estado. En una de las primeras dijo que, si bien el crecimiento del gobierno no era “inevitable”, no se vislumbraba su fin (4:112). En una edición posterior, observó: “El hombre moderno ya no actúa como si creyera que ‘el mejor gobierno es el que gobierna menos’” (8:140). De acuerdo con la motivación keynesiana, un gran gobierno proporciona “estabilizadores propios” a la economía, tales como impuestos, subsidios de desempleo, ayuda a los agricultores y pagos en concepto de asistencia social que tienden a aumentar durante una recesión (8:332-4).

Al analizar la carga tributaria total en los Estados Unidos, Samuelson argumentó que, en gran medida, los impuestos más elevados son un subproducto del desarrollo económico y social. En varias

ediciones se incluye un gráfico que muestra que “los países pobres, subdesarrollados, manifiestan una persistente tendencia a pagar menores impuestos, en relación con el producto nacional, que los países más avanzados” (4:113). En una edición posterior, agrega: “La abundancia trae aparejada una mayor interdependencia y el deseo de poner solución a las necesidades sociales, junto con un menor apremio para satisfacer las necesidades personales más urgentes” (14:300). También señala, haciendo comparaciones en el orden internacional, que los Estados Unidos están a la zaga de otros países occidentales en lo que respecta a las cargas tributarias. En consecuencia, “la cuota de nuestro gobierno es modesta” (8:140n; 12:698; 15:278).

En lo que respecta a la rebaja de los impuestos, Samuelson ha apoyado las reducciones impositivas orientadas por el keynesianismo, aunque no en el lado de la oferta. En la 7ª edición argumenta, de un modo que recuerda la tesis de la curva de Laffer, que una reducción impositiva puede tener como consecuencia un aumento en las rentas del gobierno: “En la medida en que una reducción impositiva permita estimular los negocios, nuestro sistema tributario progresivo recaudará rentas adicionales por los mayores niveles de ingresos. Por lo tanto, a largo plazo una reducción impositiva implicará apenas una pequeña pérdida en las rentas federales (o ninguna), y no habrá un aumento sustancial en la deuda pública a largo plazo” (7:343). Sin embargo, después de la baja de las tasas tributarias marginales en la década del '80, durante la administración Reagan, Samuelson y Nordhaus escribieron: “Se ha demostrado que la predicción de la curva de Laffer en el sentido de que las rentas aumentarían después de una reducción de las tasas era falsa” (14:332).

¿Y en lo que respecta al argumento, desde el lado de la oferta, de que los impuestos elevados desalientan el trabajo, el ahorro y la toma de riesgos? La respuesta fue “poco clara”. Samuelson sugería que los impuestos progresivos realmente podían impulsar a algunas personas a “trabajar más para ganar mucho dinero” (10:171). Argumentaba lo siguiente: “Muchos médicos, científicos, artistas y empresarios a los que les gusta su trabajo y el sentimiento de poder y realización que conlleva, trabajarán tanto por u\$s 30.000 como por u\$s 100.000” (10:171), y así lo repetía en ediciones posteriores (15:310).

De acuerdo con este modo de pensar, Samuelson ha sido un gran defensor del estado benefactor y de los programas contra la pobreza como medio para dar respuesta a la desigualdad. “Nuestra conciencia

social y nuestras convicciones humanitarias han cambiado por completo, de modo que ahora insistimos en la necesidad de proveer ciertas condiciones mínimas de vida a aquellos que son incapaces de lograrlas por sí mismos”, escribió por la época de su primera edición (1:158). No estaba de acuerdo con que los gastos en bienestar fueran “anticapitalistas” (7:146). Además, “contrariamente a lo que enuncia la ‘ley’ de Colin Clark, de Australia –según la cual la quita de más del 25% del PBN es garantía de un desastre inminente–, el moderno estado benefactor ha sido a la vez humano y solvente” (8:140). Aunque el bienestar social es “verdaderamente costoso” y “a menudo, ineficiente” (11:761), no hay demasiadas opciones, ya que la caridad privada siempre ha sido “inadecuada” (11:760). Su análisis de la reforma del bienestar se centra en la aprobación de las “rentas tributarias negativas” propuestas por Milton Friedman (11:761-3). Pero en la edición de 1995 Samuelson y Nordhaus parecían menos seguros, y se preguntaban: “¿Los programas contra la pobreza fueron efectivos [...] [o] produjeron respuestas contrarias a la producción?” (15:372).

En lo que respecta a los programas jubilatorios, Samuelson ha sido un ferviente defensor del sistema de Seguridad Social en el cual los gastos se pagan según ván surgiendo. En las primeras ediciones incluía un capítulo acerca de “Las finanzas personales y la Seguridad Social”, donde se consideraba este sistema como una manera “poco costosa y sensata” de proporcionar beneficios jubilatorios a la gente.<sup>3</sup> Samuelson argumentaba: “Una de las grandes ventajas del sistema de seguridad social en el cual los gastos se van pagando a medida que se presentan es que está respaldado por la capacidad tributaria general de la nación; si la hiperinflación aniquilara todos los seguros y ahorros privados, la seguridad social podría, no obstante, recomenzar en todas partes, aunque en pequeña medida para los más pobres” (4:719). Pero esta afirmación, junto con el capítulo sobre finanzas personales y Seguridad Social, fue suprimida después de la 5ª edición. En cuanto a su recomendación de adquirir bonos de ahorro de los Estados Unidos

<sup>3</sup> En esta primera edición Samuelson presentaba las posibilidades de programas como Medicare y Medicaid: “No es imposible que en la próxima generación se instituyan programas de pagos por enfermedad y discapacidad, así como un amplio sistema de salud pública y atención hospitalaria” (1:222).

con un beneficio del 3 por ciento, lo cual era "un gran negocio", desapareció después de la 3ª edición.<sup>4</sup>

Desde entonces, Samuelson dedicó poco espacio al tema de la Seguridad Social, fuera de informar en cada edición acerca de los mayores impuestos sobre los sueldos y jornales. Por ejemplo, en la edición de 1985, Samuelson y Nordhaus señalan: "El impuesto sobre los sueldos y jornales ha sido la parte de las rentas federales que ha experimentado un crecimiento más rápido; igual a cero en 1925, subió a un 18% de las rentas en 1960 y a un 36% en 1985" (12:732). En un párrafo correspondiente a la edición de 1995 se menciona que los impuestos en concepto de Seguridad Social pueden contribuir a una disminución del ahorro (15:432-3). Hay varias razones por las cuales la Seguridad Social requiere mayor atención. Más de la mitad de los trabajadores norteamericanos pagan más por impuestos sobre los sueldos y jornales que por impuestos a las ganancias. La Seguridad Social es el punto central de un argumento acerca de la equidad intergeneracional, y hay cierto número de interesantes propuestas para la revisión del sistema, entre ellas la privatización. El rol del gobierno también forma parte de un debate sobre el fracaso del mercado y el del gobierno. La mayor erudición en materia económica, representada por el texto de Samuelson, ha tendido a destacar numerosos ejemplos de "fallas del mercado" (15:30-5, 164-77, 272-3, 280-2, 291-2, 329, 347-52), entre ellos la competencia imperfecta, las externalidades, las desigualdades, el poder monopólico y los bienes públicos. Samuelson señala que el gobierno podría asumir "una variedad casi infinita de roles en respuesta a las imperfecciones del mecanismo de mercado" (15:30-1). En cierto sentido, todo eso es bastante razonable, pero a lo largo de varias décadas también ha habido una línea de

<sup>4</sup> Basándose en esta filosofía keynesiana, Samuelson también sostenía que había que evitar el ahorro en períodos económicos difíciles. "Ya nunca más se debe instar a la gente a que se apriete el cinturón, a que ahorre más para restablecer la prosperidad. La consecuencia de esto puede ser precisamente lo contrario: un empeoramiento de la viciosa espiral deflacionaria" (1:272; 6:238-9; 10:239). En la 3ª edición, Samuelson se refería a familias que "históricamente reducen su consumo ante los primeros nubarrones económicos" (3:339). Se hacía eco del consejo de Frank W. Taussig, economista de Harvard, que durante la Gran Depresión hablaba por radio para "urgir a cada uno a ahorrar menos y a consumir más" (7:226). Sean cuales fueren los méritos de este consejo desde el punto de vista de la erudición macroeconómica, sin duda aumentaba los riesgos financieros de las personas involucradas.

pensamiento, cuya mejor manifestación es, quizá, la obra de Ronald Coase, que recalca que los que actúan en el mercado pueden ser absolutamente creativos en lo que respecta a encontrar formas de eliminar sus fallas.

Consideremos el ejemplo de los faros como bienes públicos. Desde 1961 Samuelson ha empleado el ejemplo del faro como un bien público, que no puede ser rentable para una empresa privada por la naturaleza no excluyente, inagotable del servicio. No obstante, Coase ha escrito un artículo (1974) en el que señala que en Inglaterra, antes del siglo XIX, gran número de faros fueron construidos por individuos y empresas privadas, que eran sus propietarios y obtenían ganancias cobrando derechos de atraque a los barcos que atracaban en los puertos cercanos.<sup>5</sup> Con seguridad, algunas de estas organizaciones propietarias de faros se asemejaban más a organizaciones voluntarias privadas que a mercados perfectamente competitivos; sin embargo, en una clase de introducción a la economía podría ser interesante el hecho de que los actores económicos libres pueden encontrar formas prácticas de construir y pagar por ciertos bienes públicos sin provisión explícita del gobierno.

Las explicaciones sobre las fallas del mercado a menudo deberían ser contrabalanceadas con análisis sobre los fracasos gubernamentales, para que los estudiantes desprevenidos no presupongan que los economistas creen en mercados imperfectos y gobiernos perfectos. De hecho, en varias ediciones del texto se argumenta que los gobiernos deberían seguir políticas orientadas por el mercado cuando tratan una falla de éste. Por ejemplo, en la edición más reciente el debate sobre la atención de la salud en los Estados Unidos fue analizado en términos de una lista de "fallas del mercado" en la industria de la atención de la salud, juntamente con una crítica, cuyo enfoque era el de mercado,

<sup>5</sup> Le he escrito a Samuelson acerca de este tema, y su respuesta fue la siguiente: "Si se detiene a leer cuidadosamente el artículo de Coase sobre los faros, verá que los ejemplos históricos que describe no pueden superar el problema de los 'free-riders'. Cuando se ponen en juego artificios de todo tipo para resolverlo, todavía persiste, como un peso muerto, la ineficiencia intrínseca a la fijación de precios positivos para el uso marginal de algo que sólo implica un costo marginal irrisorio o igual a cero" (correspondencia personal, 9 de agosto de 1995). Sin discutir estos puntos, podemos seguir sosteniendo la conclusión expresada en el texto, a saber, que en lugar de dar por supuesto que los gobiernos son los únicos que pueden proveer faros, sería interesante discutir el método de provisión de faros que realmente se ponía en práctica.

de los controles de precios propuestos por Clinton y de la nacionalización de los servicios de atención a la salud en los países extranjeros (15:289-96). De manera similar, también se señalaron las fallas del mercado y se propusieron soluciones orientadas por el mercado en relación con el medio ambiente (15:351-3).

El argumento de que ciertos tipos de acciones gubernamentales son preferibles a otros pareció dar pie a una discusión acerca de si se puede contar con que el gobierno ponga en práctica políticas adecuadas. Actualmente, algunos libros de texto dedican espacios sustanciales al "fracaso gubernamental", pero el libro de Samuelson ha dado muy poca importancia a la posibilidad de tales fracasos. En la edición de 1955, citó un estudio de Herbert Hoover según el cual en el gasto federal se malgastaba "muy poco", sólo 3.000 millones de dólares (3:119). A partir de la 12ª edición, el índice de materias contiene numerosos ítem debajo de "falla del mercado", pero ninguno debajo de "falla del gobierno". Sin duda, la crítica de Samuelson acerca de los controles de precios debería incluirse en esta categoría (1:463-6; 8:370-3; 15:66-71). Además de la fijación de precios, Samuelson y Nordhaus sólo hacen dos breves menciones de fallas gubernamentales en la 15ª edición (1995), una objeción al final del capítulo 2, "Los mercados y el gobierno en una economía moderna" (15:37) y una mención en su análisis de la "teoría de la elección pública", donde afirman que las políticas gubernamentales "perjudiciales" son "probablemente raras" (15:285).

### **El árbol genealógico de la economía: la corriente principal y el marxismo**

El deseo de Samuelson de homogeneizar las corrientes principales de la economía en una gran "síntesis neoclásica" se pone de manifiesto en su "árbol genealógico de la economía". Comenzando en la 4ª edición (1958, solapa), el autor crea un diagrama genealógico del pensamiento económico desde la antigua Grecia hasta nuestros días. Al llegar al siglo xx sólo quedan dos escuelas de pensamiento: los seguidores del socialismo marxista-leninista y los partidarios de la "síntesis neoclásica" de Marshall-Keynes. En este diagrama, Adam Smith y la escuela clásica son considerados como antecesores de la síntesis neoclásica por la vía de Alfred Marshall. La escuela mone-

tarista de Chicago y la escuela austríaca no aparecen en el diagrama hasta la 12ª edición (1985), cuando el “liberalismo de Chicago” y la “macroeconomía de las expectativas racionales” emergen junto a la “corriente principal de la economía moderna”. Samuelson y Nordhaus incluyen a los austríacos, Friedrich Hayek y Ludwig von Mises, en la categoría del “liberalismo de Chicago” (13:828), lo cual es cuestionable. Los austríacos, que ponen énfasis en el subjetivismo y en la microeconomía, no se consideran seguidores de la escuela de Chicago ni descendientes filosóficos de Walras y Marshall. Después, en las ediciones 14ª y 15ª, las demás escuelas vuelven a desaparecer del árbol genealógico, aparentemente incluidas en la categoría única de “corriente principal de la economía moderna”.

Con el paso de los años, Samuelson fue otorgando poco a poco más espacio en su libro a las escuelas no keynesianas. En la 8ª edición (1970) hay una media docena de citas de Milton Friedman. En la 9ª (1973), el autor recomienda la obra de Friedman *Capitalism and Freedom* diciendo que es “una aclaración rigurosamente lógica, cuidadosa y a menudo persuasiva, de un importante punto de vista” (9:848). También se agrega en esta edición un capítulo significativo, “Soplan vientos de cambio: evolución de las doctrinas económicas”, que resume el espectro de las escuelas antagónicas, incluyendo los institucionalistas (Veblen y Galbraith), la Nueva Izquierda y la economía radical.

En las ediciones iniciales, las referencias a Marx y al socialismo internacional son esporádicas y casuales. En la primera se dice que Marx está “completamente equivocado” en su predicción de que “los pobres serán cada vez más pobres” (1:67). Samuelson expresa sus sospechas acerca de la planificación central soviética y considera superior el “sistema de empresa mixta” de los Estados Unidos (1:603). En cada una de las ediciones se hacen mayores los ataques al marxismo. Se ha demostrado que la predicción de Marx sobre la caída de los salarios reales es “completamente errónea” (4:757). Lenin no estaba en lo cierto al afirmar que las naciones occidentales practicaban el imperialismo para obtener ventajas económicas (4:756-7). La tasa de ganancia “se había rehusado obstinadamente a seguir” la ley marxista de la declinación (7:707).

Pero a partir de la 9ª edición se amplían en forma espectacular las referencias a las ideas y a los seguidores de Marx y Engels, y se incluye una biografía de Marx y un apéndice de nueve páginas

sobre la economía marxista. En el prefacio a esa edición, Samuelson escribe: “Es escandaloso que, hasta hace muy poco tiempo, ni siquiera a los principales economistas se les haya enseñado nada sobre Karl Marx, excepto que fue un hombre equivocado” (9:ix). En la 10ª edición agrega que “por lo menos una décima parte de los economistas de los Estados Unidos” pueden ser incluidos en la categoría de “radicales” (10:849). No obstante, este tratamiento más amplio no modifica sus críticas de las ideas de Marx. Con la caída de la Unión Soviética, el análisis de Marx se redujo de doce páginas en la 14ª edición a tres en la 15ª (1995), en la cual la biografía tiene apenas dos párrafos y se ha eliminado el apéndice sobre la economía marxista.<sup>6</sup> El tono característico es éste: “Marx estaba equivocado respecto de muchas cosas —en especial, sobre la superioridad del socialismo como sistema económico—, pero eso no disminuye su importancia como economista” (15:7).

### **La planificación central y el crecimiento soviético**

En las primeras ediciones de su libro, Samuelson expresaba su escepticismo acerca de la planificación central socialista: “[N]uestro sistema mixto de libre empresa [...] con todos sus defectos, ha dado al mundo un siglo de progreso de tal magnitud que a un orden socialista le sería imposible igualarlo” (1:604; 4:782). Sin embargo, en la 5ª edición (1961), aunque manifiesta cierta incredulidad respecto de las estadísticas soviéticas, declara que los economistas “parecen estar de acuerdo en que sus recientes índices porcentuales de crecimiento por año han sido considerablemente mayores que los nuestros”, aunque menores que los de Alemania occidental, Japón, Italia y Francia (5:829). Desde la 5ª hasta la 11ª edición se incluye un gráfico que muestra cómo la brecha entre los Estados Unidos y la Unión Soviética se va estrechando y posiblemente hasta desapareciendo (por ejemplo,

<sup>6</sup> La disminución del espacio asignado a la economía marxista ha sido acompañada por un análisis más reducido acerca de los economistas austríacos Ludwig von Mises y Friedrich Hayek, quienes habían advertido hace tiempo que la planificación central en el socialismo no podía funcionar ni calcular de manera precisa los precios y los costos. Samuelson y Nordhaus mencionan el papel desempeñado por Mises y Hayek en el debate sobre el cálculo económico socialista desde la 9ª edición hasta la 12ª (9:640; 12:693), pero ya no se refieren a ellos en las ediciones posteriores.

5:830). En la 12ª edición el gráfico ha sido reemplazado por una tabla según la cual entre 1928 y 1983 la Unión Soviética ha experimentado una notable tasa de crecimiento anual del 4,9%, mayor que las de los Estados Unidos, el Reino Unido, o incluso Alemania y Japón (12:776). En la 13ª edición (1989), Samuelson y Nordhaus declaran que “la Unión Soviética prueba que, contrariamente a lo que habían creído muchos escépticos, una economía socialista dirigida puede funcionar e incluso prosperar” (13:837). No eran ellos los únicos que sustentaban puntos de vista optimistas sobre la planificación soviética; otros populares libros de texto también hacían generosas descripciones de la vida económica en los países socialistas antes del colapso de la Unión Soviética.<sup>7</sup>

En la edición siguiente, la 14ª, publicada durante la desaparición de la Unión Soviética, Samuelson y Nordhaus eliminaron la palabra “prosperar” y colocaron signos de interrogación junto a las estadísticas soviéticas, agregando: “los datos soviéticos son cuestionados por muchos expertos” (14:389). En la 15ª edición (1995) no hay gráfico alguno y se declara que la Unión Soviética es “el modelo fallido” (15:714-8). Debemos decir, en favor de Samuelson y Nordhaus (15:737), que admitieron sin tapujos que tanto ellos como otros autores de libros de texto habían sido incapaces de prever el colapso del comunismo: “En las décadas del '80 y del '90, un país tras otro se fueron librando de los grilletos del comunismo y de su asfixiante planificación central, no porque los libros de texto los hubieran convencido de que debían hacerlo, sino porque vieron con sus propios ojos cómo los países occidentales con economías de mercado prosperaban, mientras las economías dirigidas del Este fracasaban”.

### **¿Por qué no se mencionan algunos éxitos económicos?**

Mientras Samuelson daba gran importancia a la economía de la Unión Soviética, desestimaba el éxito de las economías de posguerra de Alemania y Japón, y el de las de países recientemente desarrollados

<sup>7</sup> Por ejemplo, en su 8ª edición, Lipsey, Steiner y Purvis (1987, pp. 885-6) sostenían: “El nivel de vida de los ciudadanos soviéticos es tanto más alto de lo que era hace una década, y está creciendo con tal rapidez, que probablemente estén cómodos con él” (cf. Skousen, 1991, pp. 213-15).

de Europa, Asia y América latina. De la 2ª a la 14ª edición, sólo mencionó brevemente la espectacular recuperación de Alemania occidental en la posguerra para poner en claro las ventajas de la reforma monetaria y de la libertad de precios (2:36; 14:36). En varias ediciones se refiere también a la hiperinflación alemana a principios de la década de 1920. Pero su comentario, de un solo párrafo, no deja mucho espacio para dar a entender la magnitud de la recuperación económica del país después de una guerra mundial devastadora. Lo mismo puede decirse del milagro económico japonés de posguerra. En 1945 el Japón estaba aniquilado, sumido en el hambre y la desesperación; medio siglo después, era una superpotencia económica. Y Samuelson apenas lo menciona. En 1970 incluye un párrafo en su capítulo sobre crecimiento económico, sin otro comentario: "La veloz carrera del Japón ha sido asombrosa" (8:796). En las décadas del '80 y del '90, mientras muchos libros de texto hacían un enfoque más global, Samuelson y Nordhaus seguían prácticamente ignorando al Japón. En la 12ª edición, decían: "Por ejemplo, mucha gente se extraña de que países como Japón y la Unión Soviética hayan crecido mucho más rápido que los Estados Unidos en las últimas décadas" (12:798). Continúan analizando el caso de la Unión Soviética a lo largo de muchas páginas, pero excepto por una breve referencia al "rápido cambio tecnológico", guardan silencio sobre el Japón. En la 15ª edición hacen exactamente lo mismo.

¿Y qué ocurre con las demás economías desarrolladas del este de Asia? No se las menciona hasta la 13ª edición (1989), cuando Samuelson y Nordhaus dedican dos párrafos a Hong Kong y a otros milagros económicos del este asiático (13:832, 886). En la 15ª edición, hacen un breve comentario sobre las causas del desarrollo de la región, incluyendo a los países recientemente industrializados: Corea, Singapur, Taiwan, Indonesia, Malaysia y Tailandia (15:712-3). El éxito económico de algunos países de América latina (Chile, México y otros) no recibe mención alguna. La privatización, fenómeno que crece rápidamente en todo el mundo, es prácticamente ignorado en el libro de Samuelson y Nordhaus y en la mayoría de los libros de texto norteamericanos.

¿Cuál es la razón de este silencio sobre los éxitos económicos? Puede deberse en parte a las limitaciones de espacio. Otra razón es que el enfoque retórico de Samuelson, como el de muchos libros de texto, sirve para describir a grandes rasgos, para analizar conceptos y

problemas generales, pero rara vez para detenerse en ejemplos específicos. Algunos economistas partidarios del mercado libre podrían señalar que algunas de las políticas adoptadas por muchos de esos países de alto crecimiento económico –altos índices de ahorro, una confianza generalizada en la libertad de mercado, un gasto gubernamental relativamente bajo y presupuestos que suelen arrojar superávit, poca o ninguna tributación sobre el ahorro y la inversión– no tienen mucho que ver con las tendencias keynesianas. Por otra parte, otras políticas –la educación pública, la reforma agraria, el proteccionismo y la promoción de las exportaciones, los subsidios gubernamentales a determinadas inversiones y las estrechas relaciones entre el gobierno y la industria– apoyan el enfoque de Samuelson.

### **El impacto del texto de Samuelson**

Es difícil evaluar la influencia del texto de Samuelson o, en general, la de los cursos introductorios de economía, sobre los que dictan las políticas de los Estados Unidos o sobre los ejecutivos de las grandes corporaciones. Samuelson ha estado dispuesto a sostener –con apenas una leve ironía– que su impacto fue considerable. Uno de sus comentarios se ha hecho famoso: “No me interesan los que redactan las leyes de la nación –o elaboran sus tratados– si puedo escribir sus textos de economía” (Nasar, 1995, C1). También ha expresado la esperanza de que su texto constituya un libro de consulta para aquellos que estudiaron con él. “En medio del trajín de la elección de 1984”, escribió en 1987, “todas las horas que pasamos los artistas, los editores y yo tratando de hacer que las páginas fueran lo más informativas y auténticas posible me parecerían bien empleadas si en cualquier lugar del país un votante recurriera al viejo libro con el cual estudió economía para volver a razonar el principio económico involucrado” (7:vii).

Esta esperanza es digna de ser expresada, no sólo para el texto de Samuelson sino para todos aquellos estudiantes que alguna vez hicieron un curso introductorio sobre principios de economía. Puesto que el libro de Samuelson ha tenido una importancia primordial entre todos los libros de texto y ha sido muy imitado, es razonable preguntarse en qué medida han ayudado todos estos textos a esclarecer el pensamiento acerca de problemas tales como la deuda pública, la

inflación, la competencia externa, la recesión, el desempleo y los impuestos, que el público ha tenido que enfrentar en los últimos cincuenta años.

En el aspecto positivo, Samuelson merece congratulaciones por su optimismo con respecto a la economía norteamericana. Aunque previó una profunda depresión después de la segunda guerra mundial (Sobel, 1980, pp. 101-2), no cedió a la tentación de adherir a la tesis del estancamiento enunciada por el keynesiano Alvin Hansen (1:418-23). Rechazó prudentemente las frecuentes voces que anunciaban otra Gran Depresión o una inminente bancarrota debido a la excesiva deuda nacional. "Nuestra economía mixta —dejando a un lado las guerras— tiene por delante un gran futuro" (6:809), escribió. Hay que reconocer que ha estado dispuesto a actualizar su libro de acuerdo con los nuevos acontecimientos y las nuevas teorías. En las ediciones recientes ha puesto mayor énfasis en las virtudes de la política monetaria, el ahorro y los mercados.

Samuelson presentó un tipo equilibrado de economía que logró el apoyo de las principales corrientes. Cuando (sobre todo en las primeras ediciones) se mostraba decidido partidario de la "estabilización" de la economía en su conjunto, parecía relativamente inclinado al *laissez-faire* en la microeconomía, al defender el libre comercio, la competencia y los mercados libres en la esfera del agro. Criticó a Marx, consideró gravosa la deuda nacional, negó que la guerra y los controles de precios fueran beneficiosos para la economía, escribió con elocuencia sobre las virtudes de una economía "mixta" de libre empresa, sugirió que las grandes corporaciones debían actuar con benevolencia en algunas ocasiones (1:132; 15:172-4) y cuestionó el hecho de que los sindicatos pudieran elevar los salarios (2:206; 15:238). Estas opiniones pueden resumirse en el requerimiento de una amplia confianza en los mercados, pero también en una advertencia de que éstos muchas veces pueden fallar y crear una situación en la cual la intervención del gobierno puede estar justificada.

Samuelson fue incapaz de prever muchos de los principales acontecimientos y crisis que se produjeron en la economía, pero esto no es una crítica, ya que para la mayoría de los economistas pertenecientes a la corriente principal fue imposible predecir los estancamientos y las devaluaciones del dólar en la década del '70 o la crisis S&L y los déficit comerciales en la del '80. Hasta cierto punto, los textos introductorios siempre funcionan al día con los

acontecimientos. Por ejemplo, al escribir sobre los efectos de la garantía federal de los depósitos y la autoridad del banco central, Samuelson predijo con fiabilidad en 1980: "En la década del '80, los únicos bancos que quebrarán serán aquellos que hayan incurrido en fraude o en negligencia grave" (11:282). En la edición de 1992, después de la destrucción de centenares de ahorros y préstamos, Samuelson y Nordhaus escribieron: "Muchos economistas consideran que para que este triste episodio no se repita en el futuro, el sistema de garantía de los depósitos debe ser drásticamente modificado" (14:535).

Pero aunque sería injusto criticar a alguien por no ser clarividente, sí es una crítica justa para un texto sobre principios de economía señalar que algunos de sus puntos de vista parecen cuestionables a la luz de los conocimientos actuales. En realidad, en las últimas ediciones Samuelson ha dado a entender que ya no está de acuerdo con algunos de los análisis que hizo en ediciones anteriores. Es posible que hoy le resultara difícil decir, como lo hace en el prefacio a la 8ª edición, que en su libro de texto "no se ha omitido nada importante" o que no contiene "nada que más adelante haya que desaprender por ser erróneo". En la 14ª edición, confiesa: "Lo que fue excelente en la primera edición, resulta anticuado en la 3ª, y tal vez ha dejado de ser cierto en la 14ª" (14:xiv).

Cuando un autor de la jerarquía de Samuelson se muestra tan apesadumbrado en sus comentarios, parecería que los demás miembros de la profesión económica debemos tener cierto grado de modestia. Las sucesivas ediciones de su libro ilustran cómo el punto de vista de los profesionales acerca de los principios y de los hechos puede cambiar sustancialmente con las experiencias recientes, ya se trate de las lecciones keynesianas surgidas de la Gran Depresión o de la rapidez del crecimiento de la economía soviética. Un texto introductorio requiere cierta simplificación natural, pero tiene que tratar de evitar las falsas certezas.

El libro de Samuelson ha impartido numerosos conocimientos en materia de economía. Para muchos economistas, el balance es más positivo que negativo. En verdad, sus defensores podrían preguntar: ¿Los Estados Unidos y Occidente en general podrían haber sufrido otra Gran Depresión si Samuelson no hubiese hecho hincapié en la necesidad de "estabilizadores automáticos"? Si Samuelson no hubiera

proclamado la economía "mixta", ¿se habría podido poner freno a las apetencias de los países del Tercer Mundo por un socialismo nacional?

Por supuesto, nunca lo sabremos, pero debemos tener la humildad de especular acerca de si las alteraciones en los libros de texto enunciadores de principios podrían haber llevado a una economía diferente en los Estados Unidos. Si Samuelson hubiera moderado antes sus inclinaciones contrarias al ahorro, ¿habría podido el país generar altas tasas de ahorro, inversión y crecimiento? ¿El sistema económico y financiero de los Estados Unidos habría sido menos inestable si los autores de libros de texto hubiesen creído antes en el monetarismo? Y en cuanto al crecimiento de los Estados Unidos y los demás países desarrollados, ¿habría sido más acelerado si esos autores hubiesen puesto el acento en el crecimiento a largo plazo (que caracteriza a los milagros económicos de Alemania occidental, Japón y los países del este de Asia) y no en las políticas de estabilización macroeconómica (que truecan la inflación por el desempleo)? Las actitudes hacia la Unión Soviética y los mercados ¿habrían sido diferentes si los textos sobre principios económicos hubiesen sido más críticos con respecto a la planificación central y a las estadísticas sobre el crecimiento en la Unión Soviética? A mi juicio, es difícil evitar la conclusión de que, puesto que la enseñanza introductoria de la economía ha seguido los pasos de Samuelson, sus puntos de vista han contribuido a algunos de los problemas económicos que los Estados Unidos enfrentan en la actualidad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Coase, R.H., "The Lighthouse in Economics", en *The Firm, the Market and the Law*, University of Chicago Press, Chicago, 1988, pp. 187-213. Publicado originalmente en el *Journal of Law and Economics* 17:2 (octubre de 1974): 357-76.
- Elzinga, Kenneth G., "The Eleven Principles of Economics", *Southern Economic Journal* 58:4 (abril de 1992): 861-79.
- Friedman, Milton, "Why Economists Disagree", en *Dollars and Deficits: Living with America's Economic Problems*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N.J., 1968, pp. 1-16.
- Lipsey, Richard G., Steiner, Peter O., y Purvis, Douglas D., *Economics*, 8ª ed., Harper & Row, New York, 1987.
- Nasar, Silvia, "Hard Act to Follow?", *New York Times* (14 de marzo de 1995): C1, C8.
- Samuelson, Paul A., *Economics*, McGraw-Hill, New York, 1948 y varios años.
- Skousen, Mark, *Economics on Trial*, Irwin, Homewood, Ill., 1991.
- Sobel, Robert, *The Worldly Economists*, Free Press, New York, 1980.